

Pròleg a

***Cartografia  
histórica de Ibiza y  
Formentera (Islas  
Pitiusas)***

*Territoris* (2000), 3:  
309-314

Pròleg  
a  
*Cartografía histórica de Ibiza y Formentera*  
*(Islas Pitiusas)*

JUAN TUR DE MONTIS Y DE AYGUAVIVES (1984): *Cartografía histórica de Ibiza y Formentera (Islas Pitiusas)*. Barcelona, Departamento de Geografía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 240 pp. Vid. pp. VII-XII.

\* \* \*

Con razón el autor subraya, desde las primeras líneas de su obra, la profunda relación que puede existir entre las funciones desempeñadas por un territorio determinado y las representaciones cartográficas que a él se refieren. Porque un mapa nunca, o casi nunca, constituye lo que pudiéramos llamar una muestra aséptica o neutra de una determinada área. En todo caso, un mapa siempre seleccionará, subrayará, insistirá —a veces, hasta lo caricaturesco— en determinados datos o facetas. Se hará hincapié en las distancias, en las posiciones relativas, en el trazado de las costas, en el relieve, en los cursos fluviales, en ocasiones; en los puertos, de mar o de montaña, en las vías de penetración, en los puentes, a veces; en ciertas características de su población, en los usos de la tierra en algún concreto sector, en las fronteras políticas o administrativas, en las grandes ciudades o en las redes de núcleos urbanos o aldeanos, en otros casos. Un mapa es siempre, o casi siempre, una representación seleccionada o intencionada.

La colección cartográfica que tengo el honor de presentar ilustra perfectamente, con numerosos ejemplos, las intencionalidades del cartógrafo. Tanto más cuanto que se trata de unas islas de netas características y definidas funciones a lo largo de los siglos. Citemos algunos hechos relevantes: el papel del puerto y de la ciudad de Ibiza, con más de veinticinco siglos de historia, protegida de enemigos y competidores por recios muros — “una ciudad llamada Ebusos... (con) grandes murallas” escribe Diodoro de Sicilia en el siglo I, siguiendo fuentes más antiguas—; la vieja función comercial ibicenca que abarcó ya todo el Mediterráneo occidental en la época púnica y griega —desde el golfo de León hasta las tierras septentrionales de Libia o Africa, desde las puertas del Estrecho hasta la Península itálica y la Magna Grecia— y que volverá a ser importante en la Baja Edad Media; la función militar, como una de las claves del mar Ibérico, en la Antigüedad, el mar Catalán o Balear, desde plena Edad Media, baluarte del Imperio marítimo de Carlos I o Felipe II, frente a franceses y turcos, frente a argelinos y berberiscos, frente a protestantes y musulmanes, en plena encrucijada de encontrada pugna entre los propios corsarios y los ajenos piratas.

Todo ello queda netamente reflejado en las muestras cartográficas que el lector tiene entre manos. Las cartas portulanas, que todavía no son mapas ceñidos sólo a nuestras islas,

dibujan fundamentalmente las fachadas y marcos marítimos en que se efectuaba el comercio. El puerto de Ibiza ( *Eivissa* o una forma equivalente, en catalán) queda encuadrado por las franjas costeras del Mediterráneo occidental —densos en toponimia, en abrigos y en núcleos portuarios— o por los territorios insulares del propio mar, ciertamente un mar con pocas y grandes islas, tan sólo las dos cercanas Baleares y las tres orientales (Córcega, Cerdeña y Sicilia).

Los mapas del Renacimiento, en cambio, aparte de reflejar el avance en las técnicas de medición y representación cartográfica, muestran y materializan la preocupación, la grave preocupación militar. Ibiza, la ciudad y la isla, constituyen un puerto y un núcleo, un territorio y un perímetro que hay imperiosamente que defender. Fortificaciones y cálculos de tiro, torres de defensa y vigías, como el autor muestra fehacientemente en la presente obra, van a dar estabilidad y solidez a la seguridad ibicenca. Formentera, abandonada por avatares que diezmaron su población o tornaron en insegura la pacífica morada, constituye simplemente la gran pieza meridional en este dispositivo de defensa.

En ocasiones, como ocurría ya en algunas cartas portulanas, como ocurrirá también en numerosos mapas holandeses y franceses de los siglos posteriores, los posibles objetivos primordiales de la representación cartográfica se definen como una función decorativa, se limitan a la producción de una obra bella. El mapa se convertirá o se querrá convertir fundamentalmente en un objeto artístico.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, la propia Corona está interesada en el conocimiento exacto de cada uno de sus territorios y en la definición de unas líneas de posible mejora económica y social. Desde principios de la centuria se ha iniciado en Formentera un movimiento de repoblación y colonización e Ibiza presenta unas efectivas reformas socioeconómicas en los últimos quinquenios. Intentos de mejora en pesca y en comunicaciones marítimas, aparte de la defensa bélica, obligan a un buen conocimiento de las costas y del litoral periférico; pero ahora interesa también el interior, el “contenido” isleño: la población, el relieve, las aguas, la explotación salinera, los distintos límites y divisiones (políticas, administrativas, religiosas, judiciales).

Algunos de estos objetivos se reforzarán a lo largo del siglo XIX, en particular en las últimas décadas. Empiezan a surgir mapas o series de mapas oficiales u oficiosos, que en el futuro van a perder el nombre individual de su autor en aras del equipo técnico que lo realizó y del Servicio o Instituto que lo patrocinó. Las escalas son grandes o relativamente grandes —por lo menos 1:200.000; con frecuencia 1:100.000 y 1:50.000— y la información y la toponimia representadas llegan a ser ricas y variadas.

Los mapas que profundizarán ciertos aspectos del complejo mundo contemporáneo —los mapas temáticos— no aparecen en esta compilación cartográfica que se ha detenido intencionadamente en la pasada centuria, pero algunas hojas primerizas anuncian ya que nuestras islas podrán llegar a ser bien conocidas, desde el punto de vista cartográfico, dentro de pocos decenios. Lo que no podía sospecharse, aunque existiesen ya unas líneas de navegación y unas relaciones regulares con algunos puertos isleños y peninsulares (Palma de Mallorca y Barcelona, singularmente) es que llegaría el día en que Ibiza y Formentera se desplegarían por completo a corrientes ajenas, a veces de origen bien lejano —en extrema contraposición a la cerrazón y a la actitud defensiva de antaño— y que numerosos sectores ibicencos y formenterenses se convertirían en un abierto, muy abierto, espacio de ocio. También existen representaciones cartográficas con este significado, que ya escapan con mucho a los límites cronológicos de esta obra.

\* \* \*

Lo que se ha querido recopilar, en efecto, en la presente ocasión son las representaciones más significativas de las centurias modernas y de los inicios del mundo contemporáneo. Desde mediados del siglo XVI a finales del XIX, para más precisar. Dicho de otro modo, desde la aparición singular o, por lo menos preferente, de la imagen de nuestras islas, hasta el inicio de la cartografía que podemos llamar oficial, antes aludida, sea civil (Instituto Geográfico y Estadístico, posteriormente Geográfico y Catastral, hoy día Geográfico Nacional), sea militar (Servicio Geográfico del Ejército, Instituto Hidrográfico de la Marina). Es una historia de unos 350 años, que puede cargarse de bien distintas significaciones y finalidades, colectivas o personales, según simplemente hemos apuntado en las líneas precedentes.

El cuerpo fundamental de este libro lo constituyen una veintena de escogidos mapas. El autor ha querido señalar, con acierto, que esta densa y valiosa representación cartográfica tiene unos antecedentes medievales y una rica continuación contemporánea. A modo de ejemplos preliminares se incluye, por ello, unas muestras de un mapa ptolemaico y de una carta portulana; a modo de epílogo, dos mapas de las instituciones oficiales antes señaladas.

En lo que hemos llamado cuerpo fundamental de la obra el lector advertirá fácilmente la sucesión cronológica de determinados grupos o escuelas cartográficas: a partir de los ingenieros militares italianos, en la brillante eclosión renacentista, hasta los ingenieros militares, los marinos y los cartógrafos españoles de la época de la Ilustración e isabelina, a través de las contribuciones intermedias de holandeses y franceses preferentemente. Cualquier otra presentación nuestra sobra, ante la calidad de los comentarios que el lector podrá encontrar en las páginas que siguen.

Aun corriendo el riesgo de herir la susceptibilidad del autor y aun cuando para muchos sea quizás innecesario, creo que vengo obligado a informar, a quien consultara o leyere la presente obra, del considerable y meritorio esfuerzo realizado. Una larga tarea ha precedido al hallazgo de varias de estas representaciones cartográficas, singularmente de algunas. Desde hace años, cuando el presente libro ni se barruntaba, el autor había ido recogiendo en su excelente biblioteca, con un fondo local realmente único, originales o fieles reproducciones de estos mapas, en una labor incansable y entusiasta, sagaz y rigurosa. No es necesario ser especialista en la materia para imaginar las dificultades que surgen, en ocasiones, al intentar detectar o encontrar un determinado ejemplar o bien asegurarse de la época de su realización o, quizá, fijar su autenticidad. Por otra parte, ello ha permitido aportar a la presente publicación varios mapas poco conocidos y otros completamente inéditos.

El autor no se ha limitado a esta tarea de búsqueda y recopilación, ya de por sí importante y meritoria, tanto más cuanto que lo efectuaba en un ambiente en el que siempre puede pesar un cierto aislamiento y un sutil inmovilismo. La obra, como puede fácilmente apreciarse, no constituye simplemente un catálogo de fichas cartográficas (características del mapa, biblioteca donde está depositado, etc.) ni tan sólo una buena y amplia colección de reproducciones. En efecto, se ha querido efectuar una publicación que fuese significativa —lo que ha motivado una labor previa de cotejo y selección— y que representase una aportación, rigurosa y explicada, lo más completa posible.

Para ello se ha intentado, en todo momento, un correcto y exhaustivo aprovechamiento de la información y una definición y valoración de cada mapa. En cuanto a lo primero, ofrece notable interés la transcripción de los topónimos, una riqueza cartográfica que no siempre se ha tenido en cuenta suficientemente. En cuanto a lo segundo, aparece en cada mapa un amplio comentario con numerosas observaciones

históricas y técnicas, que alcanzan con frecuencia un original y considerable valor y un sorprendente rigor conceptual y metodológico.

Si no me equivoco, dos circunstancias personales han colaborado decisivamente a que los citados comentarios alcanzasen una envidiable calidad y rigor. Por una parte, la profesión del autor le ha permitido establecer sagaces observaciones técnicas, no siempre ceñidas al estricto campo cartográfico. Por otro lado, su condición de ibicenco, de una familia enraizada durante siglos en estas islas, profundo conocedor de ellas, explica su riqueza de observaciones y detalles, que hubiera sido muy difícil de alcanzar en otros casos. Por cierto que, en este último sentido, sería de desear que el autor continuase dando publicidad al interesante material histórico y cartográfico que acerca de Ibiza y Formentera tiene recogido; lo que, según tenemos entendido, entra venturosamente en sus planes para el futuro. Nos ha parecido conveniente, por todo ello, publicar la presente obra dentro de la colección que el Departamento de Geografía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Barcelona, dedica a las fuentes bibliográficas y cartográficas de su disciplina. No sólo por la colaboración que el autor ha prestado y sigue prestando a dicho Departamento, sino especialmente por el valor objetivo de la obra realizada, que muestra, según hemos dicho, la evolución de la representación cartográfica de unas concretas islas a lo largo de los cuatro siglos anteriores al nuestro.

Valor que podría tener un signo de ejemplaridad si el presente libro pudiese servir de acicate y pauta para la publicación de obras semejantes referentes a otras islas. No olvidemos que estudios como éste, aparentemente muy locales, se cargan de trascendencia—no sólo en la historia de la Cartografía sino en la Historia tomada en toda su entidad— si se tiene en cuenta el marco de conjunto donde acontecieron los hechos del pasado. En nuestro caso, el de Ibiza y Formentera, precisamente en un contexto tan dinámico y encontrado como fue el del Mediterráneo occidental durante los siglos modernos, hasta alcanzar las mismas puertas de la contemporaneidad.

Barcelona, enero 1984

*J. Vilà Valentí*  
Director del Instituto de Geografía, Historia y Etnología,  
C.S.I.C. Barcelona  
Vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional